

Pregunté, pues, á mi huésped si la institución que habia yo tenido la desgracia de olvidar, era un establecimiento de aquel género; mas me contestó que en la ciudad de Gante no eran las cualidades físicas de los canarios las que se trataba de desarrollar, sino por el contrario, sus facultades morales, que se exaltaban adornando su memoria con una porción de aires de organillo, que les hacían los pájaros mas instruidos, musicalmente hablando, del mundo conocido. En efecto, hay alguno de aquellos discípulos que al salir del Conservatorio sabe hasta treinta ó cuarenta piezas diferentes, que va en seguida á repetir en las cuatro partes del mundo. Uno de los consejeros municipales, añadió mi huésped, poseía el mas bello instinto que se podía ver en aquel género; y frecuentemente tenia hasta cincuenta ó sesenta estudiantes, á los que prodigaba los mas tiernos cuidados. Estos cuidados, por lo demas, hacen tanto mas honor á los que se consagran á ellos, cuanto que cambian completamente sus hábitos. Así el venerable consejero municipal, en lugar de divertirse por la noche con sus amigos, sea en el café de la ciudad, ó en alguna reunión particular, y de irse á acostar en seguida pacíficamente, en cuanto caía la bruma, abandonaba todo por su organillo de canarios, é iba de jaula en jaula despertando á los suyos, y tocándoles veinte ó veinte y cinco veces la misma tocata, de modo que no se acostaba hasta rayar el día. En verdad, algo padecían los negocios municipales con aquella afición nocturna á la melodía; pero la ciudad creía que el lustre que para ella resultaba de semejante instituto, compensaba, y aun mucho mas, el perjuicio que pudiera traerla la falta de las luces administrativas de su consejero, que se dormía generalmente desde que empezaban hasta que concluían las deliberaciones, y no se despertaba mas que para votar; de modo que en vez de cansar con negocios al fundador del instituto, le habia aprobado por tres años seguidos la exorbitante pensión fundada para la educación de los canarios, y que ascendía á quinientos florines.

Esta recompensa habia animado al director de tal modo, que no habia desesperado, despues de haber hecho cantar á sus discípulos, de hacerlos hablar. En efecto, al verificarse el casamiento del rey Leopoldo, pensó, como el zapatero de Roma, enseñar á alguno de sus pájaros alguna máxima ó proverbio apropiado á las circunstancias. Pero despues de haber hojeado á La Rochefoucault y don Quijote, no habiendo encontrado nada, resolvió, no siéndole estrañas las bellas letras, y habiendo sido en su juventud profesor de francés, componer él un distico que espresase á los nuevos esposos el júbilo que experimentaba al verlos unidos. Púsose, pues, á la obra: al cabo de ocho dias estaba hecho el distico, y á los dos meses el inteligente animal lo repetía como una persona. He aquí este distico.

tan notable por los sentimientos patrióticos que encierra como por la riqueza de su rima:

*Regocijese Bruselas,  
Leopoldo y Luisa se velan.*

Presentaron el canario á sus magestades, quienes rieron mucho, pero no le compraron.

El consejero municipal, furioso, le vendió á un inglés por la cantidad de diez guineas, y disgustado por aquel experimento, se dedicó con sus estudiantes únicamente á la música instrumental, que continuó enseñándoles con el mayor éxito.

## BRUJAS.

Brujas ha recibido su nombre, segun se asegura, de la palabra *Brug*, que en flamenco quiere decir puente. En efecto, bien contados, posee la ciudad, creo, cincuenta y seis, lo cual me parece mas que suficiente para una poblacion de cuarenta y dos mil almas.

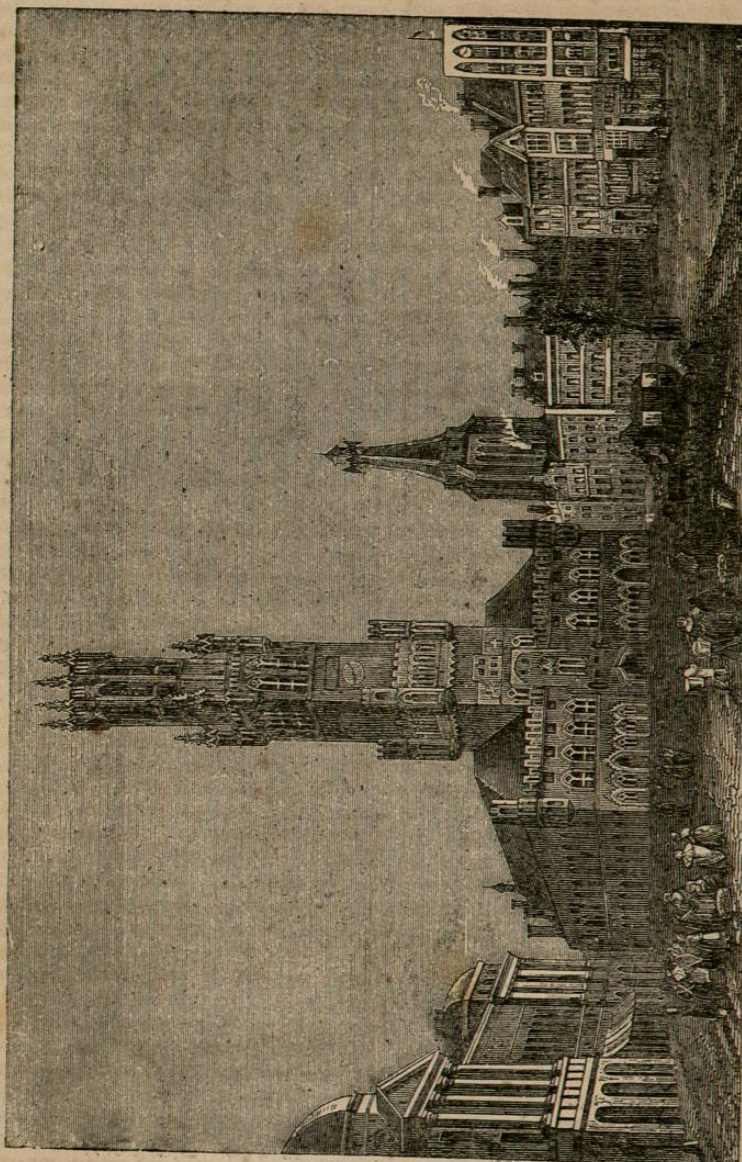
Tiene ademas siete puertas, ocho plazas públicas y doscientas calles. Así el maestro Adriano Bartand, profesor de elocuencia en Lovaina, donde ha fallecido en 1542, ha dicho:

*«Pulchra sunt oppida Gaudavum, Antuerpia, Lovanium, Mechlina, sed nihil ad Brujas.»*

Lo cual significa:

«Gante, Amberes, Lovaina y Malinas son bellas ciudades, pero nada en comparacion de Brujas.»

En efecto, en la época en que el buen doctor escribía este pomposo elogio, es decir, bajo el reinado de Felipe el Bueno, Brujas no solo era una de las mas bellas, sino tambien de las mas ricas ciudades del mundo. Solo la poblacion de tejedores contaba cincuenta mil hombres, es decir, ocho mil mas que cuenta hoy toda la poblacion; y en tiempo de Guicciardini, aunque Brujas estaba ya en decadencia, se encontraban en ella sesenta y ocho oficios ó corporaciones diferentes. Añádase á esto una clase media poderosa, que hizo temblar mas de una vez, no solo á sus condes, sino tambien á los reyes de Francia, un gran número de familias nobles, diez y siete casas consulares de las principales naciones de Europa, una poblacion flotante de negociantes estrangeros que afluyen allí de todas partes del globo, y se tendrá una idea de lo que era la capital de Flandes en una época en que habiendo sido hecho prisionero Juan de Borjoña, y puesto á rescate, un simple negociante



Vista de la ciudad de Brujas. — Pág. 28. — O.



te de Brujas, llamado Denas de Rapondis, fué aceptado por su fiador. Por lo demas, ciento cincuenta años despues se dió en Gante un ejemplo no menos curioso de esta prosperidad comercial. Necesitandó Carlos V dos millones de florines, los tomó prestados de un comerciante llamado Deans, y el mismo dia del préstamo le mandó á decir que en señal de agradecimiento iria á comer con él. El negociante dió al emperador una comida espléndida, y á los postres desgarró la obligacion de Carlos V.

—Señor, le dijo presentándole los pedazos en un plato, no es muy caro pagar en dos millones de florines el honor que V. M. me ha hecho hoy.

Mr. de Roschild no tiene aun este valor: verdad es que los reyes no van á comer á su casa, pero él va á comer con los reyes, lo cual viene á ser lo mismo.

Beaudoin Brazo de Hierro, fué quien hizo en 865 de Brujas la capital de Flandes, eligiéndola para su mansion. Habiéndose casado con Judith, hija de Carlos el Calvo, recibió del rey de los francos este condado, que hasta entonces habia sido regido por gobernadores amovibles, á título de soberanía hereditaria.

Beaudoin el Calvo hizo rodear á Brujas de murallas, y construyó cuatro puertas.

Beaudoin el Joven estableció allí ferias y concedió grandes privilegios á los mercaderes.

Beaudoin el de la Hermosa Barba, acabó las murallas é instituyó para administrar la ciudad trece regidores, y otros muchos consejeros que sacó de la clase media y de los grandes y pequeños oficios.

Vino despues Beaudoin el del Hacha, llamado asi porque tenia la costumbre de servirse, en vez de espada, de una hacha que pesaba treinta libras.

Terrible justiciero era éste: asi que desde él data la reforma de casi todos los abusos, y el castigo de todos los crímenes. He aquí dos ejemplos del modo como hacia justicia.

Tres comerciantes de bisutería y perfumes á los que en su traje se podia reconocer como orientales, iban el año 1442, á una feria que debia verificarse en Thouront, y se habian detenido en la fonda de la Cruz de Oro. Sucedió que en la misma fonda se alojaba con algunos amigos suyos, monseñor Enrique de Callou, uno de los mas ricos y nobles señores del pais de Waes, el cual acababa precisamente de perder al juego cantidades enormes, que por mas rico que fuese no sabia como pagar; de modo, que el diablo le tentó, y viendo á los comerciantes y sus espléndidas mercancías le ocurrió la idea fatal de apoderarse de sus joyas y dinero.

Cuando los mercaderes estuvieron dispuestos á partir, enviaron delante á los criados con encargo de prepararles sus alojamientos; luego, no suponiendo que tuviesen nada que temer, salieron de Brujas dos horas despues que sus mensajeros.

Enrique Callou y sus amigos los dejaron tomar la delantera, y presentándoseles en el momento en que atravessaban por un bosque, cayeron sobre ellos y los asesinaron; y habiendo arrastrado sus cadáveres hasta la maleza, se apoderaron de todo el oro y alhajas que los desgraciados mercaderes tenian consigo.

En tanto los criados, despues de haber preparado todo para la llegada de sus amos, habian salido á esperarlos á la puerta de la ciudad. Como el tiempo trascurria y los comerciantes no llegaban, comenzaron á alarmarse algun tanto, cuando vieron llegar á Enrique Callou y sus camaradas; salieronles al punto al encuentro para preguntarles, como iban bien montados, si no habian encontrado y dejado atrás á sus amos; pero los señores flamencos contestaron con un tono perfectamente natural que no comprendian aquella pregunta, porque los comerciantes habiendo salido mucho antes que ellos de Brujas, debian estar ya en Thouront.

Esta respuesta redobló los temores de los criados, quienes entonces se separaron. Tres permanecieron á la puerta de la ciudad, y otros tres volvieron á tomar el camino de Brujas. En cuanto llegaron al bosque, vieron estos últimos la tierra manchada de sangre; siguieron sus señales, y á los pocos pasos encontraron en el bosque los tres cadáveres: entonces, sin perder un momento, sin hacerlos trasportar, se dirigieron, siempre corriendo, á Wynendacle, donde estaba el conde, para denunciarle el crimen y pedirle venganza.

Beaudoin los escuchó con la atencion y gravedad que exigia semejante denuncia; en seguida, luego que terminaron su relacion y los hizo detallar todas las circunstancias, les preguntó si no tenian algunas sospechas sobre los autores del asesinato. Los pobres criados se miraron temblando sin atreverse á contestar; pero interrogados de nuevo y de un modo mas apremiante por el conde, respondieron que las únicas personas en quienes podian fijarse sus sospechas, si les era permitido sospechar de poderosos señores, eran en Enrique de Callou y sus dos compañeros.

La acusacion era tanto mas grave cuanto que amenazaba á personajes de los mas elevados; Beaudoin mandó entonces que los denunciadores quedasen con centinelas de vista en el castillo, mientras él iba solo á Thouront; en efecto, hizo ensillar su caballo, y sin decir á nadie donde iba, sin permitir que ninguna persona le acompañase, partió á galope. Por lo demas, como estaban acostumbrados á verle hacer expediciones solitarias, y mientras llevase el hacha consigo nadie se alarmaba, sus criados le vieron alejarse diciendo para sí:

—Bueno, mañana oiremos referir algo de nuevo.

Al atravesar la plaza mayor de Thouront, Beaudoin vió una gran reunion de pueblo que



comenzaba á retirarse; era que en aquella plaza acababan de ejecutar á dos monederos falsos, de modo que los cubos llenos de aceite hirviendo donde los habian metido estaban todavía allí: Beaudoin al pasar mandó que se volviese á encender fuego bajo las cubas, para que el aceite se mantuviese á un grado de ebullicion conveniente, y continuó su camino.

En cuanto llegó á la posada donde se alojaban Enrique de Callou y sus dos compañeros, se dió á reconocer al posadero, y como hubiesen salido aquellos, subió con él á su habitación: sus cofres estaban en el suelo y cerrados con llave. El conde les mandó romper las cerraduras, y en ellos se encontraron las alhajas de los comerciantes.

Al punto Beaudoin hizo prender á Enrique de Callou y sus dos cómplices, y habiéndolos hecho conducir á la plaza pública donde los esperaba, los interrogó con tal severidad, que, con las pruebas que el conde tenia ya en sus manos, no se atrevieron ni por un momento á negar su crimen.

Apenas estuvo terminada la confesion, sin darles tiempo para tomar disposicion alguna, mandó el conde se apoderasen de ellos vestidos y armados como estaban, y los arrojasen en las cubas, á la vista del pueblo, que tuvo de este modo en el mismo dia dos espectáculos, no esperando tener mas que uno.

Otro dia Beaudoin acababa de reunir la asamblea de sus estados en Ipres y como esta era una grande ceremonia, para darle aun mas brillo, habia armado aquel dia seis caballeros, pertenecientes los seis á las mas nobles familias de Flandes, los cuales, segun costumbre, habian jurado proteccion á los débiles, á las viudas y á los huérfanos, con lo cual Beaudoin les habia dado la acolada por su mano.

Terminada la ceremonia, Beaudoin habia vuelto á partir para su castillo acompañado de los nuevos caballeros, cuando al atravesar el bosque en que aquel estaba situado, observaron todos los preparativos de una fiesta: detuvieronse un instante y vieron efectivamente llegar una porcion de aldeanos acompañando á dos recién desposados. Beaudoin se dirigió hácia la desposada, que era encantadora, y sacando una sortija de su dedo: «Puesto que la casualidad me ha conducido á vuestro camino, la digo, que esta casualidad sea para vos una providencia; si tenéis alguna vez necesidad de mí, enviadme esta sortija y reclamad mi auxilio, no os faltará.» A su ejemplo, cada uno de los caballeros que le seguian hizo un regalo á la jóven, y la cabalgata señorial continuó el camino del castillo.

La sortija que debia ser enviada á Beaudoin en caso de conflicto no se hizo esperar. Estando en su primer sueño, fué despertado el conde por uno de sus escuderos, quien enseñándole la sortija le dijo que un aldeano agitado y cubierto de polvo acababa de traerla de

parte de la desposada del bosque. Beaudoin mandó al punto que introdujeran al aldeano; era éste el hermano del esposo.

La recién casada, cuando la conducian á la casa nupcial, habia sido robada por los seis nuevos caballeros. El esposo y sus amigos habian querido hacer resistencia, pero como estaban sin armas, fueron rechazados; dos ó tres aldeanos habian recibido heridas bastante graves, y la pobre jóven no habia tenido tiempo mas que para arrojar el anillo gritando á su marido:

—Lleva esa sortija al conde Beaudoin.

Pero su marido, que quiso vengarse por sí mismo, habia dado la sortija á su hermano, encargándole la comision; y llamando á toda la aldea en su auxilio, se habia preparado á perseguir á los raptos.

Beaudoin no queria creer tal audacia; subió él mismo á las habitaciones de los caballeros y no encontró á nadie en ellas; preguntó al centinela á quien acababan de relevar, y el centinela le dijo que efectivamente los seis caballeros habian salido hacia como hora y media.

El conde volvió á donde estaba el aldeano, y le preguntó hácia qué lado se habian dirigido los raptos. Respondió el aldeano que habian tomado el camino de la Casa Roja. La Casa Roja era un ventorrillo que tenia muy mala fama, situada en las inmediaciones del castillo, y Beaudoin, no dudando ya que los culpables estuviesen allí, mandó á diez de sus hombres de armas, se armasen lo mas pronto posible, y se reuniesen á él con clavos y cuerdas. El saltó sobre el primer caballo que encontró, y con su hacha en la mano, se dirigió hácia la taberna sospechosa.

Apenas llegó á dar vista á la Casa Roja, se convenció Beaudoin de que no se habia engañado. El piso principal, estraordinariamente iluminado, resonaba con carcajadas estrepitosas, juramentos y blasfemias, mientras el piso bajo estaba oscuro, silencioso y solitario. Beaudoin echó pie á tierra, ató su caballo á uno de los anillos de la pared y llamó á la puerta. Mas habiéndolo hecho por tres veces, viendo que nadie salia á abrir, la derribó de un puntapié y entró.

El piso bajo estaba en efecto solitario y oscuro, pero guiado por las voces que oia, se dirigió Beaudoin hácia la escalera, la subió á tientas, y no tardó en encontrarse á la puerta de la habitación de donde salia el ruido. La llave estaba en la cerradura, porque los caballeros se creian suficientemente protegidos por las precauciones que habian tomado en el piso bajo; de modo que Beaudoin abrió la puerta sin dificultad, y dirigiendo una mirada rápida á la habitación, vió á la jóven fuertemente atada, mientras que sus raptos jugaban su posesion á los dados.

La aparicion de Beaudoin produjo el efecto del rayo en los culpables. Lanzaron un grito

de terror al que la jóven respondió con sus gritos de alegría; inmediatamente, conociendo por las miradas que Beaudoin les dirigia que estaban perdidos si no huian al punto, se lanzaron hácia la escalera; pero el conde se colocó ante la puerta con su hacha en la mano, amenazando hendir la cabeza al primero que hiciera un movimiento. Todos quedaron inmóviles.

En aquel momento Beaudoin vió en la parte exterior el resplandor de las antorchas y oyó el galope de los caballos: eran sus hombres de armas que llegaban.

—Aquí, les gritó Beaudoin, aquí.

Y entraron por la puerta derribada, subieron la escalera y aparecieron detras del conde.

—¿Teneis los clavos y las cuerdas? preguntó Beaudoin.

—Si, monseñor, respondió el jefe de la fuerza.

—En ese caso, respondió Beaudoin, clavad seis clavos en este poste, y preparad seis cuerdas.

Palidieron los caballeros, porque conocieron perfectamente que todo habia concluido para ellos. Entonces comenzaron los unos á pedir perdon, y los otros á confesarse en voz alta; pero Beaudoin sin escucharlos, apresuraba la obra, de suerte que á los pocos momentos estuvieron colocados los clavos y los nudos corredizos dispuestos.

Hizo entonces colocar un banco por bajo de las cuerdas, y mandó á los seis caballeros subirse sobre el banco. Los unos obedecieron con resignacion, los otros quisieron hacer resistencia; pero lo mismo sucedió á los unos que á los otros. Pasado un instante, los seis caballeros tenian la cuerda al rededor de sus cuellos. Beaudoin los dirigió la última mirada para ver si todo estaba arreglado; luego, satisfecho de la inspeccion, tiró el banco de un puntapie; y los seis caballeros se encontraron perfecta y debidamente ahorcados.

En aquel momento se oyó un gran ruido; era el desposado que llegaba con todos los jóvenes de la aldea armados de picas y hoces. Beaudoin los hizo entrar á todos en la habitación, y les enseñó á un lado la jóven que devolvía á su esposo pura como se la habian arrebatado, y al otro á los culpables ya castigados.

La justicia del conde habia caminado con paso mas rápido que la venganza del marido. Beaudoin murió, dejando en recompensa de los grandes servicios que habia prestado á los cristianos en Palestina, su condado de Flandes á Carlos de Dinamarca, que se llamó despues Carlos el Bueno, y que era hijo de San Canuto y de Adela de Frisia.

Carlos el Bueno no desmintió el origen paterno. Hijo de santo, tuvo una vida santa; hijo de mártir, murió por el martirio.

Beaudoin castigaba segun su capricho y

voluntad: Carlos el Bueno hizo leyes, á fin de que el culpable supiese de antemano al cometer el crimen, el castigo á que se esponia. Durante dos años de esterilidad alimentó á los indigentes con su propio tesoro, y en la ciudad de Ipres distribuyó por sí mismo en un solo dia siete mil ochocientos panes. Tenia tal reputacion de sabiduria, que habiendo sido hecho prisionero Beaudoin II, se le ofreció el trono de Jerusalem, y habiendo muerto Enrique V, quisieron hacerle emperador.

Mas estas mismas virtudes, que le hacian adorar del pueblo, eran causa del odio de los grandes, á cuyos actos de latrocinio se oponia. Entre estos se contaba Berthoul Van Straten, que habia usurpado la prebostia de Brujas, á que estaba unido el título de canceller de Flandes, y Bouchard, corregidor de Brujas, su sobrino. Habiendo reunido grandes riquezas Berthoul con los condados precedentes, poseia vastos territorios, y tenia muchos parientes, amigos y vasallos; tanto, que aun cuando su familia era originariamente de condicion servil, su origen se habia olvidado poco á poco, y no solo se igualaba con los mas grandes señores, sino que por su poder y riquezas era el primero despues del conde.

Quando habia llegado al mas alto grado de su fortuna, sucedió que un noble de familia muy ilustre, que se habia casado con una de sus sobrinas, tuvo una diferencia con un caballero, y habiendo sido insultado por éste, le retó á duelo juridico ante el conde; mas el noble respondió desdeñosamente que no se batia con un hombre que se habia degradado casándose con una jóven de baja condicion. Como tal era la ley del país, se entabló una demanda ante el mismo Carlos el Bueno, quien habiendo reconocido la verdad de la acusacion, aceptó la validez de la escusa: este noble se vió, pues, dispensado de responder al reto del sobrino de Berthoul.

Esta injuria recayó plenamente en el preboste, quien atribuyendo la decision del conde á odio que á ellos tenia, resolvió vengarse. En efecto, reunió á todos sus allegados durante una noche en su casa; despues se convino que al dia siguiente asesinarian al duque Carlos en el momento en que orase en la iglesia de San Donato.

Mas por secreto que hubiese quedado el complot, algunas palabras dichas al retirarse por uno de los conjurados, habian bastado á un criado para comprender que se tramaba alguna cosa contra su señor. Así al rayar el dia, habiendo salido el preboste de su casa, fué á palacio y pidió audiencia al conde. Como éste estaba accesible á todas horas del dia y de la noche, le hicieron entrar, y entonces, sin nombrarle á su amo, y sin poderle decir lo que él mismo ignoraba, es decir, el dia y el modo como debia llevarse á efecto el complot, le previno, sin embargo, que estaba en peligro de muerte.



—¡Ay! dijo el conde al criado, siempre estamos en peligro; pero basta que pertenezcamos á Dios en el momento en que la muerte nos hiera.

Y según su costumbre, el buen conde bajó con los pies descalzos al patio para dar limosna á los pobres; despues, habiéndoles besado las manos en señal de humildad, fué á la iglesia, donde, mientras los capellanes cantaban *prima* y *tercia*, se puso á orar ante el altar de la Virgen; despues de muchas genuflexiones, se prosternó sobre el pavimento para decir los siete salmos de la penitencia, teniendo junto á sí en una salvilla monedas que su capellan le habia puesto, á fin de que, como tenia costumbre, pudiese dar limosna al mismo tiempo que oraba á Dios.

En tanto los conjurados, advertidos de que el conde estaba en la iglesia, se encaminaron hácia San Donato, llevando sus espadas desnudas debajo de las capas. Eran seis, sin contar Berthoull y Bouchard, y se aproximaron al conde, á quien rodearon sin que lo notase. En este momento le pedia limosna una anciana, y el conde, sin mirar á su lado extendia la mano hácia ella para darla una moneda; entonces Berthoull dando la señal del asesinato, sacó su espada de debajo de la capa, y de un tajo separó la mano del cuerpo. El conde arrojó un grito y levantó la cabeza; en el mismo instante Bouchard le hirió de un modo tan terrible, que le cercenó el cráneo é hizo saltar una parte del cerebro sobre el pavimento. Al punto, á pesar de ser aquellas heridas mas que suficientes, cayeron los otros sobre el cuerpo, que ya no era mas que un cadáver, y le atravesaron y dividieron con mas de veinte estocadas y cuchilladas. Así murió Carlos el Bueno, conde de Flandes, el miércoles de la segunda semana de Cuaresma, segundo día del mes de marzo del año 1127.

Luis el Craso se encargó de la venganza: el preboste fué atado á una horca, teniendo encima de la cabeza un perro, al que escitaban sin cesar, y que le devoró el rostro; el corregidor fué tendido en una rueda, se le elevó á una altura de cincuenta pies, y atravesado por flechas y dardos que le disparaban desde abajo. Los demás cómplices fueron precipitados desde lo alto de una torre.

Por este tiempo se construyó en Brujas el convento y la iglesia de Santa Godelieva. He aquí con qué motivo.

Godelieva, hija de Umfrid y Ojera, la habian casado á la edad de diez y seis años con Berthulfo, señor de Ghistelle, cuyos malos tratamientos habia soportado con una religiosa paciencia: viendo al fin que los llevaba al estremo, se habia escapado del castillo del conde y vuelto á casa de su padre.

Beaudoin, el severo y justiciero, hizo acudir á su presencia al conde de Ghistelle, y le mandó volverse á reunir con su muger y tratarla con los miramientos debidos á una jóven

noble y á una esposa virtuosa. Las sentencias de Beaudoin, como se sabe, no tenian apelacion; por otra parte, éste, por la intercesion de Godelieva, no habia sido muy severo. El conde de Ghistelle resolvió, pues, conformarse á ella, y volvió á reunirse con su muger, hácia quien se aumentó su antipatia, en razon á la afrenta que pretendia haber recibido por ella; mas sin embargo, desde aquel momento cesó ella de tener motivo para quejarse directamente de él.

En esto murió Beaudoin, y Carlos el Bueno subió al trono.

Entonces Berthulfo creyó que era llegado el momento de ejecutar su venganza, y encargó á dos de sus servidores llamados Hacca y Lambert, le desembarazasen de su muger mientras estuviese en su primer viage en Brujas.

El sábado siguiente anunció Berthulfo en voz alta al tiempo de cenar, que al día siguiente por la mañana partiria para la capital de la Flandes. Hacca y Lambert cambiaron entre sí una mirada; en seguida el conde se levantó de la mesa.

—Monseñor, le dijeron, seréis obedecido, mas dadnos vuestro anillo en señal de que nos transmitis vuestro poder.

Berthulfo sin responder se quitó el anillo del dedo y le dejó caer en tierra como por casualidad: Hacca le recogió y colocó en el suyo.

Al día siguiente por la noche, los dos asesinos llamaron en la habitacion de Godelieva cuando iba á acostarse.

Preguntóles ella quiénes eran y qué querian.

—Venimos de parte del conde, respondieron, y tenemos encargo de conducirnos al instante mismo á su lado.

—Enseñadme alguna señal que me indique decis la verdad, respondió Godelieva, y estoy dispuesta á seguirlos.

Pasaron entonces por bajo de la puerta la sortija del conde, y Godelieva, no teniendo nada que responder ante aquella prueba irrecusable, abrió la puerta diciéndoles que podian conducirla donde al conde agradase que ella fuese llevada. Bajó, pues, y siguió sin resistencia á los dos hombres, que la condujeron por una poterna, cuya llave tenian, fuera del castillo. En cuanto estuvieron allí, tomaron por un sendero que conducia á una selva. Al punto conoció Godelieva que su muerte estaba resuelta; mas viendo al mismo tiempo que toda resistencia era inútil, se decidió á morir cristianamente, y continuó marchando entre sus dos guardias orando en voz baja.

Llegados á una encrucijada de la selva, donde habia una capillita á cuyo pie corria un manantial, Godelieva pidió permiso para arrojarse un momento ante la imagen de la Virgen como habia tenido costumbre de hacerlo siempre que habia pasado por aquel si-

tio. Hacca y Lambert se lo permitieron, y mientras estaba de rodillas y orando, prepararon el lazo con que debian estrangularla; y cuando vieron que su plegaria llegaba al fin, la arrojaron el lazo al cuello y tiraron con todas sus fuerzas, á fin de darle la muerte. Pero viendo que á pesar de sus esfuerzos la agonía de la pobre muger era tan prolongada que aun á ellos causaba espanto, la arrastraron hasta el manantial y la sumergieron la cabeza en el agua, hasta que estuvo por fin ahogada y estrangulada á la vez. Entonces la cogieron en sus brazos, la volvieron á llevar al castillo, penetraron otra vez por la poterna, y la colgaron de los barrotes de su ventana, á fin de que se creyese que cansada de vivir, se habia ella misma ahorcado.

En efecto, cuando al día siguiente por la mañana entró en la habitacion la doncella de Godelieva, no tuvo ninguna duda de que su pobre ama, cuyos pesares ella conocia, hubiese puesto término por sí misma á su vida, y volvió á bajar llorando á anunciar aquel acontecimiento á todos los de la casa. Entonces Lambert montó á caballo para ir, decia, á dar parte de aquella nueva terrible á su amo, mientras que Hacca quedaba en el castillo para disponer todos los preparativos del entierro de la condesa.

Por la noche llegó Berthulfo. La condesa estaba ya depositada en su féretro, y sin embargo, como todavía dudase de la pérdida que él habia ordenado, quiso ver el cadáver, y habiendo entrado en la habitacion, se aproximó al ataúd. En el mismo instante saltó la sangre con tal violencia del azulado circulo que la cuerda habia trazado en derredor del cuello de la víctima, que el conde se puso la mano ante el rostro para que no le salpicara. Cierta entonces de que estaba realmente muerta, dió orden de que fuese sepultada con toda la pompa que pertenecia á su rango.

El conde llevó luto un año; pasado ese tiempo, se volvió á casar, y de esta nueva union le nació una hija de extraordinaria belleza; mas no tardó en apercibirse de que á pesar de tener magníficos ojos y muy abiertos, la pobre niña estaba ciega.

Como la nueva castellana de Ghistelle adoraba á la tierna Etelinda, hicieron ir médicos de todas partes; mas faltó toda la ciencia humana, como si los ojos de la jóven estuviesen sellados con un divino sello.

Etelinda creció y llegó así á la edad de nueve años, recibiendo una educacion religiosa, y aunque continuaba siendo ciega, andaba por todas las cercanias del castillo seguida de su nodriza, que habia quedado con ella, y la cual se maravillaba continuamente de que una niña que no veia pudiese andar así por todos los caminos. De estos, uno de los que le eran mas familiares, era el de la Virgen del Bosque; aqui, casi todas las mañanas y tardes, la pequeña Etelinda, que habia tomado afición á

aquel sitio, acudia á hacer su oracion. Su padre, por el contrario, sabiendo habia sido por él estrangulada allí y ahogada su muger, jamás pasaba por delante de la capilla y el manantial sino á todo galope de su caballo y sin mirar siquiera á los lados.

Sucedió que un día que la jóven oraba arrodillada ante la capilla, oyó el galope de un caballo, y reconoció ser el caballo de su padre. Por tanto se volvió en el momento que pasaba para saludarle con la cabeza; pero Berthulfo en vez de detenerse, apretó el paso, y habiendo llovido durante la noche, el caballo lanzó con las patas lodo al rostro de la jóven.

Etelinda se levantó entonces, y sin llamar á su nodriza, que estaba á pocos pasos de ella, se dirigió hácia el manantial, é inclinándose sobre su orilla, tomó agua en el hueco de la mano y se lavó el rostro.

De repente lanza un grito de alegría. El agua milagrosa, al tocar sus ojos, habia hecho caer el velo que los cubria. Etelinda no era ya ciega.

La niña volvió corriendo al castillo y fué á arrojarle en los brazos de la condesa exclamando:

—¡Madre mia! te veo.

Circuló el rumor de aquel milagro. Se supo por qué casualidad se habia verificado y qué causa le habia producido. Los ciegos de las inmediaciones se hicieron conducir al manantial, y apenas el agua santa tocó sus ojos, todos curaron.

Pero á quien causó mas impresion este prodigio, fué al mismo Berthulfo. La santificacion de aquella agua que era un secreto para todo el mundo, no lo era para él; porque en aquella agua habia exhalado Godelieva el último suspiro.

Un día montó, pues, á caballo, y dirigiéndose á Brujas se arrojó á los pies de Carlos el Bueno, le confesó todo, y le pidió únicamente le perdonase la vida, á fin de que tuviese tiempo de salvar su alma, por la oracion y las buenas obras. Carlos el Bueno consintió en ello, y el mismo día, dejando una viudedad á la condesa y una dote para Etelinda, el castellano de Ghistelle cedió todos sus bienes para el establecimiento de un convento de religiosas, y la construccion de una iglesia.

Por lo que hace á él, tomó el hábito monástico en la abadía de Bergues, donde murió.

Algun tiempo despues de la consagracion de esta linda iglesia, Thiery de Alsacia trajo de Tierra Santa, y depositó en la capilla de San Basilio sobre el Bourg, parte de la sangre de Nuestro Señor Jesucristo, que habia recibido del patriarca de Jerusalem como recompensa de su valor.

La parte inferior de la capilla donde fué depositada, existe todavia hoy, y se ve en ella, en una cripta un bajo relieve curioso como monumento del arte bizantino, el cual representa el bautismo de Nuestro Señor Jesucristo.